

épocas de alguno de los tres elementos que venimos comentando.

Primero un dato negativo: en el arte antiguo—excepto en China— no existen tendencias paisajísticas. Sólo mucho más tarde, en el siglo XVI, el Bosco y Patinir comienzan a utilizar el paisaje en el fondo de sus cuadros, pero su versión será totalmente irreal, una caprichosa distribución de masas de montañas, edificios, caminos y puentecillos intelectualmente elaboradas, sin otra preocupación que su planeada distribución. Se trata, pues, de un paisaje de formas, intelectual, puramente pensado para la composición del cuadro.

El elemento que, como era de esperar, crea el paisaje pictórico es la dimensionalidad. Seguramente el primero que lo logra es Brueghel «el viejo». Aun cuando en todos sus cuadros exista la figura humana, aquí el paisaje con lontananzas, de suma habilidad en la colocación de los primeros y segundos términos para lograr, en el fondo, la sensación de lejanía, cobra todo su valor.

No es ya una composición inventada, puramente racional de masas, sino un ansia de espacio, de lejanías. Como un destello genial en la técnica del paisaje que quiere alcanzar el infinito, único casi en toda su obra, el paisaje de Toledo del «Greco».

En el siglo XVII los holandeses—Rembrandt, Ruysdael, Hobbema—grandes representantes de la pintura barroca seguirán pintando paisajes dominados por el espacio y las lontananzas. Así en Francia Poussin y Claudio de Lorena y en España Velázquez. Pero en estos últimos un nuevo elemento de fundamental importancia se va a introducir: la búsqueda de la luz natural. En los holandeses, la luz es, sin duda, una luz de «taller», pero en los fondos de Velázquez y en sus dos célebres paisajes de la Villa Médicis hay ya un de-

